



## CERAMICAS DE ELENA COLMEIRO

Elena Colmeiro ha exhibido en la viguesa Sala Velázquez, una copiosa y estupenda colección de piezas de cerámica. platos y jarrones decorados con finos motivos, caretas, vasijas, estatuillas de curiosa variedad...

Lo primero que este arte nos denuncia, es su acento de pura creación. Puede hablarse en cierto modo, aquí, de esquemas ideales; del volverse de espaldas al natural para forjar del propio arbitrio y por obra de la más genuina y limpia inspiración, formas, volúmenes y perfiles, calidades y matices. Y ello, sin pedir prestado nada para el amplio juego de la emotividad creativa, a las formas externas de la realidad. Las cerámicas de Elena Colmeiro se nos ofrecen, así, en toda su pureza; desprendidas de cualquier servidumbre hacia el descriptivismo o la superficial representación.

El original mundo de estas piezas ofrece al contemplador una nítida belleza en sus formas simplísimas; una como sensual seducción de sus cubiertas, en sus múltiples aspectos y calidades; y, también, la densísima riqueza de los coloridos, que refulgen o se desvanecen en tonalidades insospechadas, etéreas o profundas, de resueltas brillanteces o delicados mateados. Tan desacostumbrado conjunto, de alambicadas condiciones, pide que éstas sean contempladas y estimadas por sí solas, en su depurada sobriedad.

Ante la muestra presentada en la Sala Velázquez se ha hablado — con harta ligereza— de sus vinculaciones con el arte preincaico, azteca y hasta maya. Pero lo cierto es que nada de estas viejas culturas sudamericanas se refleja en las modernas creaciones de Elena Colmeiro. Acusan eso sí, determinados atisbos del primiti-

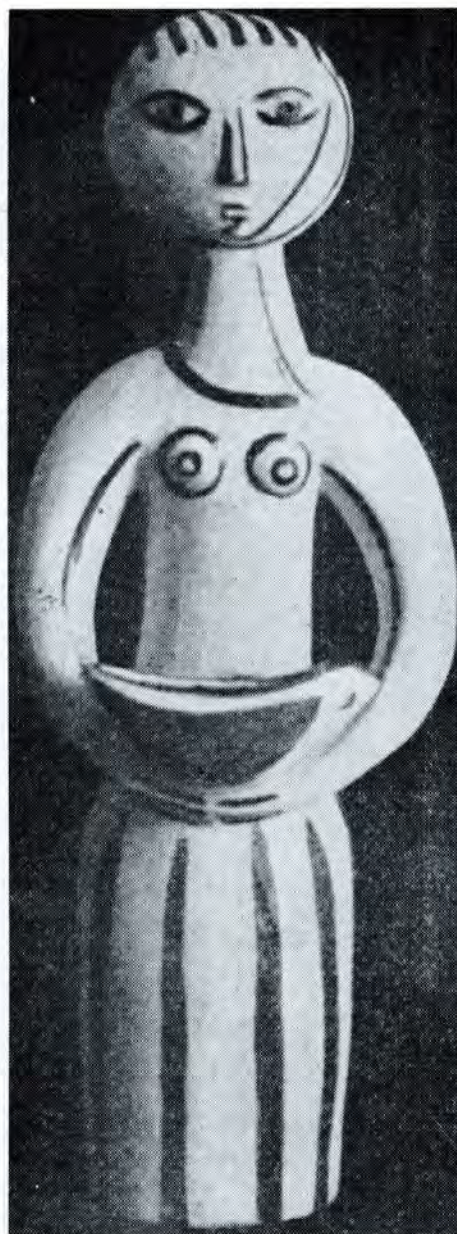


vismo indígena de tierras platenas, patentes singularmente en estatuillas y dibujos. Mas, siempre oscurecidos por un acento muy personal, en el que juega sustantivo papel la fértil imaginación de la artista.

A nuestro modo de ver, Elena

Colmeiro crea en sus piezas, un ritmo de clara originalidad. De extrema efusión que las acompaña, responde a un juvenil impulso que sabe dar a la forma, etérea resonancia. Hay en la totalidad de la obra, un ambiente nítido, preciso, que, al imposibilitar todo equívoco, permite la máxima franqueza en el elogio. En manos de la artista, la sutil materia que modela ha adquirido una gracia, una elegancia y una atracción imponderable. Su honestidad artística, su ingenua aportación —y a la par exquisita y sensible— a la cerámica de nuestros días, son hechos que hay que ponderar en su verdadero relieve.

Algunas de las estatuillas, que sobresalen en el conjunto, son, en espíritu, forma y dibujo, realmente sorprendentes. Delimitando la figura en una fina y elegante línea, Elena Colmeiro nos da una



obra de rica corporeidad, animada por una gracia extraordinaria y espontánea; pero siempre de creación, y en pugna con una realidad predeterminada.

He aquí por qué nos complacemos en elogiar con entusiasmo, la admirable condición de la labor de Elena Colmeiro. La calificamos, sin ninguna reserva, como una gran ceramista, por el altísimo grado de desnudez y limpieza con que se produce. Otros artistas hay, desde luego, más artificiosos y muchos más tendentes al decorativismo; ese decorativismo que, incluso en las realizaciones más patentemente persuasivas de cualquier arte, encuentra imprescindible multitud de personas menos amantes de la neta fruición estéticoartística que de la de sus arrequives y chirimbolos. Otros

hay, sin duda, más pomposos y complicados; pero de una categoría tan acendradamente pura como la de nuestra ceramista, no.

Podríamos decir, en definitiva, que el arte de Elena Colmeiro enlaza con la más estricta tradición primitivista, cuya ejemplaridad pervive a través de milenios. Nada más lejos de él, por otra parte, que las arrebatadas genialidades o los ultraísmos del lado que sea.

Las creaciones que la joven ceramista gallega expuso en Vigo, con insólita acogida, se incorporan así, en nuestra actualidad, a las del arte más puro de todos los tiempos.

S. L.

## Un Retrato de...

(Viene de la pág. 19)

Rivadavia, al padre o al tío de Bernardino Rivadavia, o a este mismo, admirador de la obra del benedictino gallego y unido a él por el mismo afán renovador, además de por la estirpe.

Quiero pensar que este pequeño óleo pudo pertenecer a Rivadavia, al primer gran hombre civil de los argentinos. Que pudo haber estado en su gran despacho privado junto a la biblioteca donde estaban las "Cartas Eruditas y curiosas", el "Theatro Crítico Universal", posiblemente la "Ilustración apologética" contra don Joseph Mañer, en cuyos tomos el gran estadista argentino encontraría inspiraciones curiosas para la organización de la República. Con la efigie del siglo XVIII pensamos en el Padre Feijóo, en el fraile racionalista que luchó contra la ignorancia, la superstición, la milagrería y el tormento, que amó las ciencias exactas y naturales, y defendió las causas justas y las ideas de progreso. Un fraile que pudo haber recibido de un socialista de principios de nuestro siglo, Miguel Morayta, el homenaje de uno de los libros que mejor lo estudian.

El retrato que dejó de estar al sol en la revuelta vidriera de la tienda de antigüedades, está ahora junto a mis libros más queridos. Es como un Víctor; el que debía de presidir todas las casas de estudios de Galicia si éstas fueran de verdad gallegas y amaran como Feijóo el progreso. L. S.